

LA CRÍTICA NIETZSCHEANA AL DUALISMO ANTROPOLÓGICO CARTESIANO

José Ignacio Galparsoro
(Dept. de Filosofía, UPV)

Descartes no es precisamente el autor sobre el que Nietzsche haya hecho comentarios con mayor profusión. Los autores a los que, estadísticamente, más se refiere son Platón, Kant y Schopenhauer. No obstante, ciertas reflexiones de Nietzsche a propósito de Descartes merecen un estudio detallado. Tal vez, el aspecto mejor conocido de la lectura nietzscheana del cartesianismo sea la crítica al *cogito*: El *cogito ergo sum*, lejos de ser una certeza inmediata, encierra para Nietzsche un complejo razonamiento que, en último extremo, es un síntoma de la creencia en la gramática.

La comunicación no se centrará en este problema, sino más bien en ciertos textos —que no han sido convenientemente evocados en los escasos estudios que hacen referencia a la relación entre Nietzsche y Descartes— en los que Nietzsche elogia a Descartes con ciertas reservas. Lo notable del caso es que las reservas son formuladas por considerar que Descartes no fue lo suficientemente radical en sus conclusiones.

Así, según Nietzsche, la duda de Descartes no es radical porque éste llega a certezas inmediatas, poniendo un final al proceso.¹ En Nietzsche, el proceso no finaliza porque el objetivo no es alcanzar la “verdad”.

Otro aspecto elogiado por Nietzsche —y sobre el que se centra esta comunicación— es el problema del cuerpo. En el *Discurso del método*, V, Descartes presenta a los animales como máquinas. La excepción es el hombre y, más exactamente, su alma: mientras que el cuerpo del hombre sí puede ser considerado como una máquina, su alma posee otro estatuto. Sobre este punto, Nietzsche afirma que hay que seguir la vía abierta por Descartes, pero siendo más radical que él, en la medida en que no hay motivos para sostener una posición privilegiada del hombre con respecto a otros seres:

Nosotros, lógicamente, no ponemos aparte tampoco al hombre, como todavía hizo Descartes: lo que hoy se ha llegado a entender del hombre llega exactamente hasta donde se lo ha entendido como una máquina [...]. En otro tiempo veíase en la consciencia del hombre, en el “espíritu”, la prueba de su procedencia superior, de su divinidad; para *hacer perfecto* al hombre se le aconsejaba que, al modo de la tortuga, retrayese dentro de sí los sentidos, interrumpiese el trato con las cosas terrenales, se despojase de su envoltura mortal: entonces quedaba lo principal de él, el “espíritu puro”.²

La alusión a Descartes por parte de Nietzsche, aunque implícita es aquí clara. Si leemos lo afirmado por Descartes al inicio de su Meditación 3^a, vemos cómo esto se asemeja mucho a la “estrategia de la tortuga” denunciada por Nietzsche:

Cerraré los ojos ahora, me taparé los oídos, dejaré de hacer uso de los sentidos; borraré inclusive de mi pensamiento todas las imágenes de las cosas corporales o, en comercio sólo conmigo y considerando mi intimidad, procuraré poco a poco conocerme mejor y familiarizarme más conmigo mismo. Soy una

¹ Cf. KGW, VII, 3, 40[25]: «La creencia en la certeza inmediata del pensamiento es sólo una creencia más, no una certeza! Nosotros modernos somos los adversarios de Descartes y nos defendemos de la ligereza dogmática en la duda. “¡Hay que saber dudar mejor que Descartes!”»

² *El Anticristo*, §14.

cosa que piensa, es decir, que duda, afirma, niega, conoce pocas cosas, ignora otras muchas, ama, odia, quiere, no quiere, y también imagina y siente.³

Descartes sugiere —siguiendo una vieja tradición en la filosofía que encuentra ya en Platón a uno de sus defensores— que para buscar la verdadera esencia del hombre es preciso rechazar todo aquello que tenga que ver con los sentidos. De aquí se llega a la conclusión de que lo más noble del hombre, lo que muestra mejor su perfección es el pensar, el espíritu o la razón.

Nietzsche tampoco está de acuerdo con Descartes en este punto, ya que afirma:

También sobre esto nosotros hemos reflexionado mejor: el cobrar-consciencia, el "espíritu", es para nosotros cabalmente síntoma de una relativa imperfección del organismo, un ensayar, tantear, cometer errores, un penoso trabajo en el que innecesariamente se gasta mucha energía nerviosa, —nosotros negamos que se pueda hacer algo de modo perfecto mientras se lo continúe haciendo de modo consciente. El "espíritu puro" es una pura estupidez: si descontamos el sistema nervioso y los sentidos, la "envoltura mortal", *nos equivocamos en la cuenta*— ¡nada más!...⁴

El alma no es más que una ficción, fruto de una superstición popular. El hombre es sólo cuerpo.⁵ La razón humana (el lenguaje) —es decir, aquello que según Descartes es imposible considerar como una máquina— no tiene para Nietzsche un origen distinto del cuerpo. Seguir la vía emprendida por Descartes (los estudios fisiológicos) en su radicalidad conducirá, según Nietzsche a la supresión del dualismo entre el cuerpo y el alma. Lo que se conviene en llamar "alma" (o "razón") es también cuerpo y, como él, está sometido al devenir natural. Tuvo un origen y tendrá también un final. Esto, que se refiere al ámbito de lo filogenético, puede también ser aplicado al de lo ontogenético. Por consiguiente, según Nietzsche, no cabe hablar de la "inmortalidad del alma". Este no es sino un concepto inventado para despreciar al cuerpo.⁶

³ Ibid.

⁴ Ibid.

⁵ Cf. *Así habló Zaratustra*, «De los despreciadores del cuerpo».

⁶ Cf. *Ecce homo*, «Por qué soy un destino», § 8.